

José Antonio MERINO ABAD, *Juan Duns Escoto. Introducción a su pensamiento filosófico-teológico*, Madrid, B.A.C. (Colección Estudios y Ensayos, 108), 2007, 191 pp., 20,5 x 13,5 cm. ISBN: 978-84-7914-904-8.

Los estudios sobre Escoto en lengua española no se han prodigado con demasiada profusión, sobre todo si los comparamos a los de otros autores medievales. Estamos convencidos que tanto la potencia especulativa de su pensamiento, como el hecho de la celebración del VII Centenario de la muerte de Juan Duns Escoto tienen que ver y mucho con el esfuerzo editorial que ha provocado en este año y en el que viene se hayan publicado textos que centren su atención en el Sutil, imaginamos que se le sumarán no pocos congresos, reuniones o conferencias locales en España y artículos o monográficos en revistas.

Dentro de este ambiente de cierta iluminación escotista se encuentra el libro que suscita estas reflexiones, editado por la B.A.C. (Biblioteca de Autores Cristianos). Se asocian en este trabajo dos elementos que sumados tenían que dar como resultado una buena obra sobre Escoto. Nos referimos a la propia editorial y al autor. Efectivamente, la B.A.C. había apostado, apoyado por la Orden franciscana, por Escoto y había publicado tres obras del mismo.

El autor, por su parte, catedrático de Historia de la filosofía medieval y contemporánea en la Pontificia Universidad Antonianum de Roma, de la que fue rector, y tiene una amplia producción bibliográfica sobre filosofía franciscana, precisamente también en la B.A.C.

Experiencia, conocimiento, capacidad divulgadora... esos son los baluartes, que sumados a la potencia de pensamiento de Escoto hacen de esta obra una experiencia agradable al lector. Ayuda el hecho del conocimiento de la filosofía contemporánea de J. A. Merino que aporta un colorido diferente, actual, ágil y profundo que libera de los corsés que atraparon a Escoto y de la malla que aprisionó su pensamiento y que no pocas veces atan la potencia filosófico-teológica que reflejó en sus obras.

El libro es una introducción, lo que no implica que sea adecuada para profesores universitarios, ni mucho menos, creo que ya hemos indicado razones que señalan todo lo contrario. El carácter propedéutico del trabajo hace que sea accesible en el formato, en el volumen de sus páginas, en los contenidos y en su propia división interna y metodología. No se verán excesivas notas bibliográficas, más abundantes en la presentación de la vida y obras, dejando a Escoto que sea quien se exprese en la filosofía y la teología.

La obra se compone de dos partes, dedicadas a la filosofía y la teología de Duns Escoto respectivamente, precedidas por una *Presentación* (pp. XI-XV), *Introducción general* (pp. XVII-XXV) y *Bibliografía* (pp. XXVII-XXIX). La *Introducción general* nos acerca a los aspectos biobibliográficos del maestro escocés –“1. Vida y obras” y “2. Ediciones”–, escrito con pluma fácil y rigor, culminado por una hábil reflexión historiográfica que nace en el reconocimiento del inmenso e impagable trabajo realizado por la Comisión Escotista de Roma y continúa repasando algunas de las obras significativas del siglo XX sobre el Sutil, se trata de autores como É. Gilson, O. Boulnois, E. Bettoni o L. Veuthey. Las obras de estos autores y otras de no difícil acceso aparecen en

una pequeña bibliografía que da paso más a la utilidad y versatilidad que a la erudición, en consonancia con todo el trabajo.

La *Primera parte: Filosofía escotista* (pp. 3-92), se estructura en cinco capítulos, en los que se van revisando los temas fundamentales de Escoto a partir de las grandes temáticas filosóficas. El *Capítulo I Presupuestos filosóficos escotistas* (pp. 5-27), nos sitúa en la inacabada obra de Escoto, truncada por una muerte prematura, pero lineamentada en su producción, en una síntesis de trabajo de tal potencia creativa y método riguroso que hizo que destacara entre sus contemporáneos y perdurara en las aulas universitarias hasta el día de hoy, más allá de sus vicisitudes temporales. Cuando J. A. Merino trata el “Contexto cultural de Escoto” no lo hace de una manera sólo metodológica. Y es que Escoto trata como nadie los problemas de su tiempo. Era lógico en los profesores de la época, dentro de su método teológico, el argüir a partir de los argumentos a favor y en contra de las tesis que se querían pensar, normalmente el comentario de las sentencias de Pedro Lombardo. Pero una de las cosas que hace especial el modo de hacer del maestro franciscano es que señalara negro sobre blanco argumentos de sus propios contemporáneos. Es decir, los escritos escotistas nos revelan de primera mano las fuerzas argumentales que en esa época, nada fácil tras las condenaciones parisinas de 1277, entraron en el debate académico de la época. Luchas doctrinales a los que él respondió desde un pensamiento totalmente original, desplegando una fuerza argumentativa que es impagable para el desarrollo de una metodología metafísica desde el campo sistemático, pero que es, al menos, tan significativa desde el área de la historia de la filosofía y de las ideas. En este ambiente la pugna entre las Facultades de Artes y Teologías, revela una cuestión sobre las disciplinas de la filosofía y la teología que en el fondo esconde una orientación desde el campo de la propia fundamentación del conocer humano y del modo de acceso a la realidad y los lenguajes que el hombre puede utilizar respecto al desvelamiento del fundamento de la realidad. Hablar de fe y razón no implica una lucha dialéctica entre dos modos de ser en el mundo al modo ilustrado, sino que implica situar al hombre ante Dios. Desde esta posición cabe entender la relación entre metafísica y teología, y el modo de contemplar la realidad o de decirla en un hombre que es filósofo y teólogo, del mismo modo que hombre y creyente. El hombre ante Dios es el horizonte existencial que se puede observar en la distinción lógico-epistemológica del concepto unívoco del ser. Es, sin duda, la expresión más inequívoca de la libertad creadora del pensamiento escotista como respuesta a las exigencias de las tradiciones que en su época se enfrentan de manera concreta. Aquí J. A. Merino subraya, a diferencia de las tesis de Gilson, que “la analogía que el Doctor Sutil trata de superar no es tanto la analogía tomista sino la de Enrique de Gante” (p. 19). El análisis de estas cuestiones introductorias que resultan ser de interés, pues son claves para poder comprender las distintas soluciones filosófico-teológicas y constituyen el resorte de la especulación realizada, culmina con un “Excursus I. Relación entre ciencia y filosofía”, en la que se muestra la cultura científica del escocés que no en vano realizó sus estudios en la Universidad de Oxford, que en su tiempo dominaba las ciencias de su tiempo, sobre todo, a través de la lectura de la obra científica de Aristóteles. En estas líneas el autor muestra sus dotes de profesor de filosofía contemporánea estableciendo un diálogo más allá de las cuestiones propiamente históricas que creo pueden sugerir lecturas interesantes.

El capítulo segundo *Sobre la teoría del conocimiento* (pp. 29-41), resulta de gran interés para aquel que se aproxima a la filosofía de Escoto. Es, sin duda, uno de los más interesantes. No creo que haya que situarse en la esfera del criticismo kantiano, porque el problema en Escoto no es epistemológico, sino metafísico; pero aventura las intuiciones de la filosofía moderna, sin los complejos que ésta tiene y las dudas de un excesivo escolasticismo. Quizás hubiera que considerarse más el problema epistemológico desde el área metafísica como el lugar apofántico de la realidad en el mundo de la comprensión natural. No podría ser de otro modo teniendo en cuenta que la discusión de la época devenía por los terrenos del comentario de los textos clásicos agustinistas a partir de la hermenéutica de la lógica y los retos de la física del *Corpus aristotelicum*. J. A. Merino señala, además algunos factores a tener en cuenta a la hora de afrontar este problema filosófico: “Si el problema gnoseológico es ya complicado en sí, la dificultad aumenta en el pensamiento inacabado de Escoto [...] Hay en él una influencia e incidencia de elementos psicológicos, noéticos, metafísicos y teológicos que presentan el fenómeno del conocimiento no sólo como se da de hecho, sino también en su radical posibilidad y ultimidad” (p. 29). Desde aquí hay que entender la relación entre sujeto y objeto de conocimiento, y las operaciones gnoseológicas de la abstracción y de la intuición del singular (innatismo), un conocimiento que tiene como horizonte la teología como ciencia divina de lo humano y como clave de lectura la univocidad metafísica del ser.

En el *Capítulo III. Estructura metafísica del ser sensible* (pp. 43-58), el profesor Merino repasa los ejes vertebradores de la metafísica como intérprete racional de la realidad, a saber, la contingencia y creación, el hilemorfismo, la naturaleza común, el principio de individuación, la esencia y existencia, y el ser y los transcendentales. Sin duda alguna, resulta interesante para todo aquel que se aproxime al pensamiento escotista la explicación del principio de individuación, en la que el concepto de “heceidad” como última actualidad de la forma, creo puede ser clave para comprender la originalidad de su pensamiento filosófico, no tanto quizás como una llave de acceso a la realidad, aunque es un paso importante en el proceso de singularidad antropológica y lugar de libertad, sino como ejemplo y paradigma de su *forma mentis*.

Los dos últimos capítulos se refieren a los dos seres diferenciados de forma clarividente en el pensamiento de Escoto: el ser infinito y el ser finito. J. A. Merino aborda en estos dos capítulos – *Capítulo IV. El ser infinito o Dios* (pp. 59-73) y *Capítulo V. El ser y el estar del hombre* (pp. 74-92)– el problema de Dios y el hombre, destacando en el primero un discurso más pegado a la teología natural y la teodicea y en el segundo a la antropología, donde él se siente más a gusto, se hecha de menos un discurso metafísico sobre estas dos realidades que justifique y explique o compare el cambio que opera éste respecto de la tradición franciscana anterior a partir del abandono de la doctrina de la participación agustiniana. Aquí se clausura de forma explícita la filosofía.

La *Segunda parte: Teología escotista* (pp. 93-187) recorre los apartados fundamentales de la teología desde una perspectiva natural en el pensador escotista y contemporánea en el enfoque de la división de la teología. Las primeras aproximaciones nacen de lo que llamaríamos hoy teología fundamental y se desarrollan en *El preámbulo* (pp. 95-101) y el *Capítulo I. Natural y sobrenatural*. En el preámbulo se detiene en la discusión que Escoto sostiene, propia de la época, a propósito del “Cometido de la

teología”, su estatuto científico, y su desarrollo como ciencia práctica. Cuestiones que no son baladíes, que han de entenderse bien y que tienen relación con no pocas malinterpretaciones de la propia filosofía en desarrollos posteriores, no en vano el concepto aristotélico de ciencia con todas sus implicaciones había que articularse con el método teológico que se había desarrollado hasta entonces. Ciencia, lógica, dialéctica, relación de las ciencias en la teológica... son temas inmiscuidos, amén de la relevancia de las facultades del entendimiento y la voluntad respecto del uso práctico de la teología, que ya fuera fuente de no pocas y arduas discusiones en generaciones inmediatamente anteriores como el caso de su maestro Gonzalo Hispano, cuestiones que atañían a contextos externos a la Orden y también domésticos. Por su parte, el debate de “lo natural y lo sobrenatural” es la ocasión teológica para reflexionar sobre la diferencia que Escoto establece en el terreno del ser finito e infinito.

Terminamos recordando los temas que se tratan en el libro de gran interés en el campo dogmático. Comienza con el dogma trinitario en el *Capítulo II. Dios uno y trino* (119-134), donde el problema de la esencia se desarrolla de forma relevante para la filosofía y, en especial, el desarrollo largamente pensado por Escoto de la persona. Si el Sutil realiza una tematización impresionante en el tema de la singularidad y personalidad humanas es gracias a la cuestión de la relación intratrinitaria. Con ello desearía invitar al filósofo a leer con fruición estos capítulos teológicos. El *Capítulo III. Cristocentrismo* (pp. 135-158), aborda una realidad clave, según mi criterio, de todo el sistema de Escoto y de la hermenéutica de la realidad-humano divina en espacios que superan la lógica de la acción natural desde la acción libre, y que para Merino implica un criterio armonizador y sintético de su pensamiento: “El humanismo cristocéntrico armoniza prodigiosamente la immanencia y la trascendencia, fundamenta la ontología de la existencia, ilumina la ética del comportamiento y de la responsabilidad al mismo tiempo que nos introduce en el horizonte de una privilegiada estética existencia. El humanismo cristocéntrico implica un marcado personalismo en la libertad y un interpersonalismo comunitario, pues todo en él es presencialidad e interrelación” (p. 158).

No podía un libro que tratase el pensamiento de Escoto escapar a un estudio pormenorizado de la temática que ha hecho de Escoto un teólogo popular, haciendo inútiles todos los intentos de ocultamiento realizados en otros ámbitos: *Capítulo IV. María Inmaculada* (pp. 159-172). El dogma de la inmaculada, que en 2004 cumplió 150 años, ha dado a Escoto una confirmación de sus dotes argumentales, ha refrendado en temáticas concretas la perspicacia de su sistema, ha mostrado la santidad de su vida, y la validez de una escuela teológica, amén de mantenerlo vivo a nivel intelectual, eclesial y popular. Es la temática que hizo que junto a la sutileza de Escoto se considerara su faceta plástica, el Doctor Sutil, es también el Doctor Mariano.

Por último, se estudia la teología práctica y en ella incluida la filosofía moral, en el *Capítulo V. La moral* (pp. 173-187). Resultan de gran interés pues se tratan de manera ajustada los temas clásicos, algunas veces sobrevalorados en cuanto que malinterpretados por no pocos estudiosos, de “La ley natural y la voluntad divina” y el reflejo del problema de la libertad con un último epígrafe sobre “La ley natural y el orden social” que quizás hubiera necesitado de una ulterior reflexión debido a su relevancia, y donde echamos a faltar unas palabras más explícitas sobre el pensamiento político que se puede observar en Juan Duns Escoto.

Concluyendo, nos encontramos ante una obra sencilla, clara, comunicativa, abierta a un espectro amplio de lectores. Un libro adecuado para la colección en la que se presenta, oportuna en el tiempo, pero que nos hace, de nuevo, lamentar una reflexión más acabada en J. A. Merino sobre los temas franciscanos. Ahora no era el momento, no en esta obra, pero esperamos que el catedrático del Antonianum de Roma demuestre a sus lectores la capacidad especulativa de la que es capaz, con el fin de que pueda transmitir a los que no podemos asistir a sus clases la potencia filosófico-teológica al que el pensamiento de Escoto nos puede llevar y elevar, no sólo desde el punto de vista histórico, sino sistemático y propositivo, como otros autores van mostrando en ámbitos geográficos distintos y en horizontes especulativos contemporáneos en los que J. A. Merino ha mostrado sobrada capacidad. Esperando esa obra, agradecemos a la BAC y a su autor, la publicación de este libro sobre Escoto para conmemorar su año y para leer y tener en cuenta durante varios más, sin duda.

Redacción Cauriensa
Inst. Teológico de Cáceres